

Paralizado, sin rumbo, indis-
puesto a confrontarse con el anti-
guo régimen, el gobierno de
Vicente Fox se asemeja al de
Francisco I. Madero, afirma
Lorenzo Meyer, y cuestiona sobre todo la
resistencia del presidente a ajustar cuentas
con el priismo.

Si el presidente “incumple su compro-
miso de revisar el pasado estará renunciando
a su capacidad y derecho de controlar el
futuro”, sentencia el historiador, en entre-
vista con **Proceso** enfocada en la compara-
ción de Fox y Madero.

A propósito del tema, Meyer recordó,
en un artículo en *Reforma*, una frase de
George Orwell en su célebre novela *1984*:
“Aquel que controla el pasado controla el
futuro: quien controla el presente controla
el pasado”.

Se adentra en la historia:

Madero tuvo que lanzarse a una acción
violenta que no deseaba para poder acabar
con un régimen dictatorial y restaurar algo
que sólo existía en la teoría, que era la es-
tructura democrática en el origen y ejerci-
cio del poder, basada en la Constitución de
1857. “Pero esa estructura nunca fue vi-
gente, primero, por la guerra civil, la inter-
vención francesa, y luego, la necesidad de
reconstruir el país de Juárez no se hizo por
la vía democrática y mucho menos ya con
Porfirio Díaz”.

La historiografía mexicana, y desde luego
los propios partidarios de Madero —prosigue
Meyer—, “le reclaman que no acabe a san-
gre y fuego con el porfirismo. Nunca fue su
idea. Su idea fue restaurar, no destruir. Y
para restaurar, con un sentido pragmático,
dice: ‘no voy a chocar de frente con la oligar-
quía y con todos los intereses creados, por-
que entonces tendría que movilizar a unas
bases sociales muy peligrosas’. Hay que
recordar que después de la toma de Ciudad
Juárez, los aliados populares de Madero dis-
cutieron la posibilidad de fusilarlo, cuando
se negó a fusilar a los jefes militares que de-
fendieron la plaza”.

Y con esos aliados —abunda—,
Madero ya no necesitaba enemigos. “Pero
Madero nunca fue un revolucionario so-
cial, él mismo era parte de la oligarquía, lo
que pasa es que era, digamos, la parte más
sana de la oligarquía. Era una de las familias
más ricas del país, pero había sido mar-
ginada. Díaz gobernaba dividiendo. Di-
vidía a las élites estatales o locales, a unas
las favorecía, a otras las mantenía en es-
pera, en este caso la familia Madero se
sentía desplazada”.

Más semejanzas que diferencias, según Meyer

Antonio Jáquez



—¿Nunca tuvo Madero la tentación de
enfrentarse a la élite?

—No, es como si usted buscara un cho-
que con los directivos de **Proceso**. Si son los
mismos, ¿qué caso tiene? Desde mis juven-
tudes, en mi lectura de la historia de México
me topé con esa idea de “la tontería de
Madero” o su ser pusilánime y el reproche de
que no llevó adelante la Revolución. Pues
porque no era revolucionario. Era como
pedirle peras al olmo. Él quería minimizar el
derramamiento de sangre y no dislocar mu-
cho la vida cotidiana.

El caso de Fox es similar, analiza Meyer:

“Con más conciencia que Madero, en-
cabeza un cambio de régimen, pero en el
fondo, igual que Madero, no desea destruir
las instituciones, aunque sabe, o debería
saberlo, que éstas son resultado de una
acción antidemocrática. Madero podía de-
cir que, bueno, las cosas habían empezado
bien y luego se habían deteriorado. En el ca-
so nuestro, ya se sabe que la Constitución
de 1917 la hicieron los vencedores y que las
instituciones que surgieron son para servir a
un régimen autoritario.”

Entonces, “sí hay una mayor concien-
cia, supongo, de la dificultad, pero Fox sabe ▶